

Así se salvó Polonia

Lic. Rafael Jesús de la Morena Santana

En la primavera de 1655, año fatídico para la República polaca, profundas sombras cubrían su territorio, Suecia, la principal potencia de los protestantes calvinistas y luteranos, en el apogeo de su poder, ha invadido la patria.

El avance de los suecos se vio favorecido por las rivalidades de los caudillos locales y las ambiciones de ciertos aristócratas que querían derrocar al noble rey Juan Casimiro, este tuvo que abandonar la capital y andaba errante y solitario por el extranjero, muchos jefes y oficiales patriotas estaban también en el exilio o prisioneros del enemigo. Parecía el fin de la herencia católica en el noreste de Europa, es un desastre, el estado polaco se extingue.

Sin embargo, en ese momento desalentador, una luz brilla en el horizonte, al sur del país, con los montes Cárpatos de escenario, cerca de la ciudad de Czestochowa, ocupando elevada colina, está el convento de Yasna Gora, último reducto de la Fe y la nacionalidad polacas.

Desesperados de los confines del reino, convergen hacia el resplandor de la Iglesia que guarda la Madonna Negra, escala obligada de peregrinos para rendir culto a la Virgen, pero convertida entonces en refugio de los que buscaban el amparo de María Inmaculada y pensaban que nunca caería en manos profanas.

El Rey de Suecia, Carlos Gustavo, había prometido respetar el sitio, pero, aparte de desear las riquezas del convento, no podía permitir la existencia del bastión católico que proclamaba: “en este lugar se cambian los corazones y se convierten las almas, de manera que los suecos no alcanzarán a combatir este poder, ni los que caminan en tinieblas lograrán vencer la verdadera Luz”.

Reunido en Yasna Gora un consejo formado por los frailes y varios nobles, se votó la defensa a ultranza. La plaza se preparó para resistir el ataque. El convento, construido en el siglo XIV, era una fortaleza, repararon los muros, acumularon vituallas, municiones y armas, llamaron a los capaces de combatir a formar filas, y miles de personas, muchas con experiencia militar, acudieron al santuario mariano.

El Prior Kordetsky, habló al pueblo desde una roca: “Consuélnense, enjuguen sus lágrimas y fortalezcan su fe, porque en verdad les digo...y el espíritu de Dios habla por mi boca...que los suecos no entrarán aquí, por consiguiente no esperan la desventura, sino la Gracia”...

El júbilo fue la respuesta, las familias al abrigo del soberbio edificio, expresaron estar dispuestas a cualquier sacrificio, y seguros los caballeros de la protección de la Santísima Virgen, juraron morir antes que entregar el sacro sitio a los impíos.

Los suecos, determinados a eliminar Yasna Gora, se presentaron en la fortaleza el 8 de noviembre, su bien equipado ejército de 18 mil hombres, era dirigido por el experimentado general Miller y estaba integrado por batallones de veteranos que habían vencido en Europa a las legiones alemanas y francesas, en la Guerra de los Treinta Años. Prepotentes, proponen la rendición a los frailes.

El comando supremo de la defensa lo rechaza, Pan Zamoyski expresó el sentir de los líderes de la resistencia: “Ciertamente es nuestra Santa Madre la que infunde en los corazones el deseo de defenderla contra hombres impuros y sacrílegos, ella nos ayudará y nos procurará la victoria”.

A los pocos días, las hordas suecas desencadenan la ofensiva. Confiados en una rápida solución favorable, lanzan las primeras andanadas. El Prior y Pan Charnyetski, segundo al mando, acudieron a una de las baterías, Kordetsky bendijo los cañones y el padre Dobrosk, hizo el primer disparo, cuyo estampido resonó en toda Polonia.

¡Los suecos atacan Yasna Gora! Un rugido salió de los pechos de las familias polacas, la Casa de la Madre de Dios era agredida por infieles. Los polacos estaban divididos, pero en una cosa coincidían, la devoción incondicional a la Virgen María, de inmediato se elevaron oraciones en cada iglesia y las conciencias despertaron, el estruendo de los cañones del monasterio hizo vibrar el orgullo nacional.

Hacia el 18 de noviembre, el enemigo ya cercaba la montaña del convento-fortaleza. A la vista del ejército sueco los sitiados realizaron una procesión y Kordetsky exclamó: “Regocijémonos hermanos, se acerca la hora milagrosa de la victoria, ¡Concedenos tu protección Madre amadísima!”.

Durante días se sucedió un terrible bombardeo artillero entre ambos bandos, el convento se mostraba inexpugnable, sus balas causaron estragos en el campo de los suecos, estos estaban molestos al ver la inesperada efectividad rival y la idea de un fracaso hizo presa en ellos.

¡Yasna Gora resiste! Era la frase que corría como pólvora encendida, y renacían las ansias de libertad, los campesinos se rebelaban, la sublevación estallaba. ¡Yasna Gora resiste!, y el eco llegó al noble rey Juan Casimiro exiliado en Silesia, Polonia se levantaba de la ruina y la incomprensión.

Los suecos apelaron a recursos extremos para expugnar el castillo eclesial, utilizaron rehenes, bombardearon día y noche, amenazaron, negociaron, lanzaron múltiples asaltos, pero tropezaron con un espíritu de lucha desconocido para ellos, los combatientes estaban sostenidos por María, se peleaba cual arcángeles, por la venerada imagen de la Virgen Negra de Czestochowa.

El General Miller exigía la rendición, pero Kordetsky conocía la importancia de su misión, se había erigido en profeta de la redención polaca, sabía que Yasna Gora era la espada en que se quebraba la insolencia de los paganos y su ejemplo conmovía al pueblo que salía de su letargo al ver en la Virgen el escudo salvador.

Carlos Gustavo envió gruesos cañones de sitio para dar un golpe definitivo al convento. Miller obligó a un cura a visitar a los frailes y engañarlos con malas noticias, pero este informó al Prior de la insurrección nacional, y la vuelta al servicio de Juan Casimiro de los que lo habían dejado, aconsejó resistir y juró por Cristo que la firmeza de Yasna Gora libertaría la patria.

La víspera de la Inmaculada Concepción Kordetsky permaneció rezando en la capilla, al amanecer apareció sonriente en los muros, y arengó a los soldados: “¡Hijos míos, Nuestra señora volverá a demostrar que es más poderosa que los cañones de sitio, pronto llegará el fin de sus penas!”

La sublime resistencia continuó, el fuego nórdico abatía almenas y paredes de edificios, los muros comenzaban a desmoronarse, el daño era incalculable, pero los defensores eran dignos de tal asalto, las mujeres, los niños y los ancianos, corrían al combate para ayudar a reparar las brechas, apagar los fuegos y devolver, al lado de los soldados, golpe por golpe al rival.

Nunca pudieron los suecos sobrepasar las murallas, sus destacamentos eran diezmados por las balas, las flechas y los sables del convento, a cada instante se acrecentaba el ardor de la defensa, como si la tormenta de fuego y hierro excitara el valor, y dominando el estruendo, desde la capilla, los cantos a la Virgen enardecían a los guerreros del Señor.

Los suecos persistían pero estaban agotados, ateridos de frío, afectados por enfermedades, no podían contar con refuerzos porque se extendía la rebelión polaca y Carlos Gustavo empleaba tropas en otros frentes, sus bajas ya eran notables. Para colmo, muchos afirmaban haber visto una mujer vestida con túnica azul celeste que se aprestaba a defender el convento, la impresión fue tremenda y hasta Miller se asombró con la visión.

El sitio duraba cuarenta días, los contendientes derrochaban tenacidad y valor, ninguno cedía, pero las murallas del sur casi se caían por los efectos devastadores de una enorme culebrina, un oficial se ofreció para una acción suicida nocturna y eliminar el cañón, a las tres horas un ruido ensordecedor cruzó el aire y vieron una columna de fuego, la pieza había reventado, Kordetsky levantó los brazos al cielo y pidió: ¡Santísima Madre haz que vuelva sano y salvo!, era imposible, mas la Virgen velaba y lo salvó, varios polacos que servían en las filas suecas, le ayudaron y huyeron con él a zonas redimidas.

La pérdida de la culebrina decepcionó a los suecos, la suerte les era adversa, discutían que partido tomar, cuando una salida de los famosos escuadrones de la caballería polaca les cayó encima y les destruyó un regimiento de infantería,

regresando los polacos incólumes a la inaccesible fortaleza, donde celebraron con alegría la fiesta de la Navidad.

Fracasado también un intento de minar el convento, los suecos jugaron una última carta, pidieron el pago de un rescate para irse, así salvaban su reputación con Carlos Gustavo, la respuesta fue un paquete lleno de...!Hostias!, un verdadero desafío para aquellos incrédulos.

Después de semejante ofensa en Yasna Gora esperaban un asalto general al castillo, la noche del 28 de diciembre, una inusitada animación se escuchaba en el campamento enemigo, los patriotas ocuparon sus puestos listos a cualquier contingencia. Al alba, una espesa nevada impedía ver a los centinelas, se siente el paso de un carruaje, es un campesino con leña, le preguntan: ¿los suecos le dejaron pasar?, la respuesta es sorprendente, ¡los suecos se han ido!

De inmediato se desbordó la alegría, echaron a volar las campanas, todos saltaban, abrazos, disparos al aire, gritos, vivas a Kordetsky, Charnyetski y Zamoyski, al Rey y a Polonia, era el momento del triunfo por el que habían luchado con abnegación y coraje. Depronto la música del órgano impone silencio, y, de rodillas, los héroes de Yasna Gora dan gracias a la Virgen por concederles aquella sensacional victoria.

Al mediodía, una muchedumbre inmensa, procedente de la región circundante, llenó la Iglesia y sus alrededores para entonar junto al esforzado Kordetsky el Himno de Gracias:

¡Te Deum laudamus! Cuyos acordes, difusos por el sagrado suelo de Polonia, estremecieron la nación desde los Cárpatos al Mar Báltico.

Muchas batallas quedaban por librar, más la Virgen había redimido a los polacos, el rey Juan Casimiro, en la ciudad de Leopol, en plena misa oficiada por el cardenal Vidón, nuncio del Papa Alejandro VII, juró nombrar a María Patrona de Polonia, encomendando a su especial protección su persona, el reino, el ejército y el pueblo. En julio de 1657, al lanzar la carga decisiva para liberar Varsovia, hizo voto, que cumplió, de erigir una iglesia bajo la advocación de la Madre de Dios.

El legendario sitio de Yasna Gora, dejó una gloria inmortal para los caballeros, los eclesiásticos, los combatientes y las familias que allí consagraron sus vidas a la salvación de la Patria querida y la Iglesia, seguros en el apoyo del Cielo a la causa de la Libertad. La tierra que ha dado a la Historia hombres de la talla de Juan Sobieski, Tadeusz Kosciusko, Josef Pilsudski, Lech Walesa y Karol Wojtyla, el Papa Juan Pablo II, confirmó al mundo que Dios está con el justo, y tarde o temprano triunfan la verdad y la justicia.

Así sea.